

Nuez de Adán

Ricardo Loebell¹

Infancia de andrógino

Con el cuerpo experimenté la naturaleza de un niño sin género. Más bien jugué siempre con la idea y el deseo de transformarme en mi hermana. No porque buscara ser mujer, sino porque veía en ella un cuerpo sano, mientras que yo estaba enfermo. Entonces, creí en la posibilidad de «saltar» a su cuerpo y vivir desde sus ojos. El día en que lo intenté, postrado desde la cama, fue tan violento el impulso, que sentí un verdadero desgarró en mis entrañas. Posteriormente, se allegó una sensación inconsolable de no poder abandonar mi cuerpo y mirar siempre detrás de estos ojos por el resto del tiempo. Desde el cuerpo me resistí a subordinarme a un género.

Un día, el dependiente de una zapatería que estaba preocupado de encontrarle calzado a mi hermana, me interpeló al ver que yo estaba barajando unas tarjetas del local: «Los hombres son feos, peludos y hediondos», dijo. Le respondí de forma espontánea: «No soy hombre». Mi padre, sentado al lado, empalideció y no me habló por el resto del día y no se comentó más del asunto.

No ser ese «tipo de hombre» no significaba que sintiera atracción por otros hombres. No, para mí era claro que yo era,

¹ Profesor de ETHICS, Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas, Universidad de Chile. loebell2000@yahoo.es

por convicción, diferente. Esto incluso continuó pasando en la edad núbil, como se suele decir, e incluso, al cambiar de voz en la adolescencia. Las películas de cowboys, de guerra o los lugares de juego de apuestas, a los que acostumbraba a llevarme mi padre, so pretexto de su interés personal, me eran —excepto el hipódromo—, absolutamente, aburridos.

A fuerza de género

Hasta donde recuerdo me veo cerca de una mesa en la cocina. Ahí mi madre prepara comida, pantrucas², trozos de aquella masa homogénea que corta en pedazos y lanza con gallardía a una olla de agua caliente. A su lado, pelo un diente de ajo, porque me atrae su olor azufroso a tierra. Ese fue el lugar donde aprendí a leer de las vasijas y conservas a la edad de tres años, aunando vocales y consonantes, produciendo una lectura correcta. Aprender a leer no fue otra cosa que solidarizarme con mi hermana, para poder ayudarle cada vez que ella lo hacía delante de mis padres.

Vivíamos en una habitación rodeados de diferentes personas marginadas de la sociedad. Había prostitutas, uno que otro comerciante o estudiante y hombres que habían decidido vivir solos, ya que no podían reconocer en aquel tiempo su homosexualidad. Ellos me ofrecían marraquetas con jugo de carne y tomate y me conversaban. Yo corría con un poncho por el patio común de esa arquitectura conventillezca³ en el antiguo centro de Santiago. En la habitación había un clavo torcido en que colgaba un calendario, como única decoración. La luz se cortaba implacablemente a las nueve de la noche y no había agua caliente. Ese tipo de pensión, como muchas otras, era dirigida por una viuda que intentaba dignificarse por encima de los inquilinos.

² Masa de harina cortada en trocitos cuadrangulares y preparada en un caldo espeso con carne comúnmente molida, papas, cebollas, verdura, y hasta choclo picado, condimentada con ají y otros ingredientes. Morales Pettorino, F. (2006). *Nuevo Diccionario Ejemplificado de Chilanismos y de otros usos diferenciados del español de Chile*. Tomo I–III. Valparaíso: Editorial Puntángelos.

³ Inmueble con entrada, patio y servicios comunes, cuyas habitaciones sirven de vivienda a diversas personas o grupos familiares de escasos recursos (Morales Pettorino, 2006).

Un episodio que me marcó en ese tiempo fue un griterío a la hora del crepúsculo. Se trataba de dos mujeres que se trenzaban, arrancándose los cabellos, con sus bocas semiabiertas, absortas, se retorcían en el patio en un espectáculo del cual toda la vecindad participaba. Con grandes ojos me acerqué a mirar por la ventana, cosa que mi madre intentaba evitar. Ya estaba casi oscuro. La dueña gritaba, amenazando con lanzar a las dos mujeres a la calle, por no haberle pagado el arriendo. Al día siguiente se comentaba, en el almuerzo, que el motivo de la riña se debía a que una de ellas le había quemado el vestido a la otra con una colilla de cigarrillo. Era la única prenda que tenían las dos para pararse en la esquina.

La buena educación

Nunca me gustó el colegio. El *Kindergarten*, al cual fui obligado a asistir a los cinco años, significó un serio desvío de la personalidad. Según mi padre, debía ingresar allí para abandonar la cocina, la cual atribuía una dudosa cualidad femenina a mi desarrollo infantil. Sin embargo, ese fue siempre mi lugar preferido, mi hogar.

En las primeras semanas les leía a los niños mientras la profesora salía de la sala y, abrazada con su novio, caminaba por el patio; acto que solo yo podía apreciar por encima de los visillos, porque me encontraba de pie durante la lectura. La mayoría de los niños no tenía zapatos. Cuando me acercaba a ellos sentía un discreto e íntimo olor a ulpo⁴ y a tierra. Sus pies eran siempre grises, como hechos del limo o barro seco. Yo usaba sandalias. Recuerdo que mi madre contaba que asistía a un colegio acompañada de los hijos del dramaturgo Antonio Acevedo Hernández, ahí el inspector revisaba los zapatos de los niños y, si encontraba tierra, los enviaba de vuelta a su casa. Ellos eran una excepción. Interpelaban al inspector con indicaciones que les había dado su padre. Le decían con un tono altivo: «Venimos a aprender con la cabeza y no con los pies»; entonces, entraban. Años atrás, en México, experimenté, al hacer la fila, una situación opuesta. Detrás mío había un hombre

⁴ (Del mapuche ulpu). Mazamorra de harina tostada, por lo común con agua o leche frías o calientes, con algo de azúcar (Morales Pettorino, 2006).

cuyos zapatos estaban llenos de tierra. Cuando salió, el funcionario de CONACULTA observó a los que esperábamos y dejó pasar al hombre enterrado, ofreciéndole agua y comida, suponiendo que venía desde muy lejos, del campo.

Al término de las sesiones en el *Kindergarten*, se nos entregaba un jarro enlozado, sucio y saltado, con leche en polvo, que en ese tiempo enviaban a través del programa anticomunista de la «Alianza para el Progreso» de Estados Unidos⁵. Sentado sobre un taburete de madera con los pies colgando, intentaba tragar entre arcadas esa porción de «tiza» añeja. Recuerdo el día en que toda la leche que había ingerido en esos meses salió del cuerpo disparada en un interminable vómito blanco y pude ver como los otros niños se iban cayendo de los taburetes mientras se volcaba la mesa con los jarros y en medio del estruendo escuché una voz diciendo: «Tiene alta fiebre, llévenlo a casa».

Ese no solo fue el final preescolar, sino que después de la última bendición del médico y los rabinos que lo acompañaban, recibí la señal para partir del mundo. Una pleuresía como consecuencia de una neumonía se había desatado en el cuerpo y este estaba llegando a su fin. Después de tres días de un dudoso coma, fui operado y rehabilitado durante meses en un hospital infantil.

Algo era claro para mí, yo no pensaba volver nunca más, no tenía ni energía ni interés de hacerlo; el colegio y todo lo que conllevaba se había transformado en un signo de interrogación y un absurdo que solo había conocido indirectamente por mi hermana mayor.

Educación a la competencia

La subordinación de género surgía en la escuela, donde mi padre había hecho todos los esfuerzos para incorporarme, después de mi enfermedad, a los seis años. Ahí me marginé involuntariamente

⁵ Cfr. Dreier, J. C. et. al. (1962). *La Alianza para el Progreso. Problemas y perspectivas*. México D.F.: Editorial Novaro-México.

desde el primer día mientras los otros niños aprendían a leer. A cambio, debía escribir las primeras letras en hebreo. Siguiendo los hábitos de esa época no debía ser zurdo, sin embargo, era más fácil «tirar» la letra en vez de «empujarla». Obligado a ser diestro me servía para escribir en castellano, pero en hebreo borroneaba toda la página. En los tabloncillos sobre caballetes del taller de mi padre hacía las tareas. Él me dictaba y yo no debía cometer errores. Él no toleraba que usara la goma de borrar.

La palabra *sabe* ha de ser pura, si se piensa que se *saborea* con la boca; así, se cuenta que, en algunas tradiciones, se les da a niños y niñas una cucharada de miel para iniciar la lectura de la *Torá*⁶.

El *sofer*⁷ no puede cometer errores. La *Torá* representa la ley del Universo y un rabino que bendice una *Torá* equivocada podría suscitar una catástrofe. Cada vez que el escriba se equivoca tiene que enterrar el pergamino.

A veces pienso que tal vez mi padre acariciaba la idea de convertirme en *sofer*.

Muy distinta fue la experiencia que adquirí años más tarde, cuando relacioné la lengua «que a la leche se asemeja en la hebra larga, en el sabor dulzón y en la tibieza de entraña de la mujer que se deja beber casi dos años, tiempo bastante para que un acto se dore de hábito, se funde y suelte jugos de poesía»⁸. Esta idea casi sagrada de la secreción, descrita por Gabriela Mistral en una de sus reflexiones más profundas, desbloqueó mi escritura y pudo revelarme una cierta intimidad desde el lenguaje que reaparece en escenas de los sueños.

⁶ Esto me hace pensar en José Lezama Lima, cuando contempla la inmanencia transubstancial en que *saber* y *sabor* son un proceso poético mediante el cual la materia ingerida se metaboliza y se transforma en nuestra carne, haciendo así del banquete una comunión colectiva mediante la cual, al digerir idénticos alimentos, nos hacemos todos una misma sustancia (Cfr. González Echevarría, R. (2011). «La fiesta en Lezama». *Letras Libres*, México D.F., N°145. <http://www.letraslibres.com/mexico/libros/la-fiesta-en-lezama>

⁷ El escriba de la tradición judía.

⁸ Mistral, G. (1945). *Ternura*. Buenos Aires: Espasa Calpe.

Una vez escuché que el cuerpo y la mente se comunican mediante un lenguaje en que la mente se acerca discretamente a la parte que duele, y el cuerpo responde con sus secreciones. Ahí está el secreto del lenguaje del cuerpo.

Mientras escribo este texto pienso en la expresión de Franz Rosenzweig: *La lengua va más allá que la sangre*.

Esto me hace recordar que una amiga, en el sur, me relató años atrás cómo su relación con la comunidad mapuche estuvo mucho tiempo interferida por el hecho de que fue criada sin conocimiento del *mapuzungun*. Ella se sentía distante de la gente de su comunidad por esa mezcla de olor ahumado a leña y lluvia en el ambiente y en sus cuerpos, hasta que un compañero lo advirtió y le propuso que aprendiera la lengua. Ella lo hizo y el resultado fue que nunca más sintió desagrado frente a ese aroma natural de su gente.

Secreciones de la resistencia

Cuando se compite siempre hay alguien que pierde. El problema es que nunca nos han enseñado a perder. Y así los apremios continuaban en la escuela y mi padre no tenía paciencia. Él no soportaba verme golpeado y decidió como solución incorporarme a un club de boxeo a la edad de ocho años. Lógicamente, no pude desarrollar destreza con los puños para golpearle el rostro a mi contrincante. Eso era algo muy adverso a mi persona. Obviamente, el otro sí que pudo partirme la nariz. El colegio continuó y me hacían acostar en el último banco por las frecuentes hemorragias de narices. Los compañeros gozaban al verme tendido en la última fila, mientras el profesor les ordenaba que volvieran la cabeza para mirar el pizarrón. Años después recordé estos episodios con la lectura de Emmanuel Lévinas, quien se refiere al carácter vulnerable del rostro y a cómo esta ausencia de protección se impone a quien lo ve a la vez como una invitación al asesinato y como una absoluta prohibición de ceder a tal tentación.

Suciedad de las secreciones

En casa se velaba siempre por la limpieza e higiene. Pero a mí nunca me gustó que me cortaran ni el pelo ni las uñas. Yo ya tenía precedentes. En Santiago existía en un pasaje la peluquería infantil Tello. El hecho de que me confundieran con mi hermana obligó a mi madre a llevarme a cortar el cabello. La primera vez se produjo tal escándalo, que los demás niños comenzaron a llorar en coro. Se tuvo que esperar a que se fueran todos y entre varios peluqueros me sostuvieron con fuerza y lograron devolverme la apariencia varonil.

Afuera de donde vivíamos reinaba el desorden, la suciedad, el olor fétido y todo aquello que producía asco. Nuestra habitación, limpia e impoluta, era, sin embargo, una trinchera frente a aquello sucio y pecaminoso.

El matadero se me viene a la mente como aquel lugar en que los hombres se paraban a beber sangre. Eso lo hacían en una esquina. Mi padre también bebía sangre. Aquello se decía que estimulaba y, sobre todo, recuperaba a la gente de la «caña mala»⁹. Mi hermana lo acompañó una vez con un vestido blanco y resbaló, cayendo sobre esa masa gelatinosa que ella recuerda como una costra sanguinolenta que había en el piso del matadero.

Desde mi infancia viví la higiene como un acto de segregación. La educación no nos permitía apropiarnos de nuestras mucosidades¹⁰ y descubrí tempranamente mi repudio a estas prácticas. Eso hizo que me acercara a indigentes que en ese tiempo se arrebozaban con telas de saco, todo esto gatillado por la amenaza que escuchaba en casa, que si no iba al colegio me convertiría en uno de ellos. Pues ahí decidí que debía prepararme para ser un vagabundo.

Entonces, el destino deparó la senda, cuando abandonamos Chile en barco con destino a Italia. A partir de los diez años no fui

⁹ Expresión chilena por resaca después de la ingesta excesiva de alcohol.

¹⁰ Para profundizar en este tema, véase Moreira, H. (1998). *Antes del Asco – Excremento, entre Naturaleza y Cultura*. Montevideo: Ediciones Trilce. Véase Loebell, R. (2010). «Desecho». En: *Porteña*, Valparaíso: Trío Editorial.

más al colegio. Lo que sucedió después es materia de otro relato. Solo recuerdo cómo me confronto ante los preceptos higiénicos e intento emular la vida de un pordiosero, viajando en la adolescencia por Europa con un mínimo de medios, alimentándome de hierbas y de frutas encontradas.

Marma-Génesis

Si viajo en el recuerdo, tengo diez años y voy sentado en el tren transandino. Algunos, al cruzar la cordillera, sienten vértigo. Yo prefiero apreciar la altura y las cimas con algo de nieve. El inspector de ese vagón me observa y me invita a tomar mate al compartimento de enfrente. Tiene una pava pequeña tiznada sobre un anafre que se balancea, en que el agua casi hierve. Las ventanillas se bajan lentamente con el vaivén. El inolvidable aroma de la Pampa se mezcla con el mate y se adhiere al cuerpo. Al día siguiente, al atardecer, llegamos a Buenos Aires. La ciudad tiene otro colorido, ya que la primera luz del día no nace aquí, sigilosamente, detrás de la cordillera, sino que no tan lejos en el mar. Siento el habla de sus habitantes que se modula en su expresión marcada y con un gesto de certeza y desahogo, como se escucha en las letras cantadas por Julio Sosa. Así me llega a los oídos. Bebo el vino con agua. Por primera vez, soy un extranjero y para siempre...

Veintisiete años después, sobrevuelo de regreso aquel corredor que lleva el nombre de Antoine de Saint-Exupéry, que como mi padre me contaba, nos traía el correo al continente en su avioneta... Pido ahora permiso para viajar en la cabina detrás del copiloto, todavía se aprecia la ferrovía al pie de este paso aéreo internacional, pero el tren desapareció...

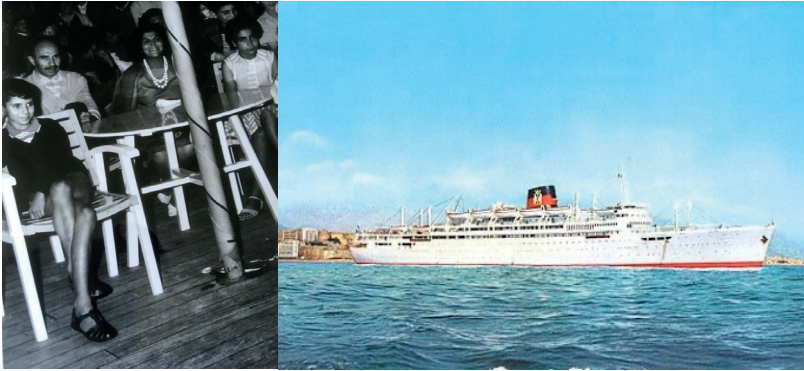


Figura 1: Viaje migratorio con mi hermana y mis padres de Buenos Aires a Génova en el Transatlántico «Provence-Marseille».

Una travesía sin regreso. Eso fue el cruce del Atlántico, de Buenos Aires a Génova, a bordo del «Provence-Marseille», un barco para inmigrantes, en su mayoría de Brasil y de Argentina. Algunos huyen de la dictadura rumbo a Portugal, España o Italia, para iniciar una nueva vida. En las primeras jornadas, al interior del barco muy pocos se orientan sin marearse. La travesía dura veinte días. A mi padre lo recuerdo tranquilo; para él es su segunda emigración. Yo soy en eso un recién iniciado. Varios días sobre el agua del mar observo el horizonte que se anticipa a cada ola y me cuesta creer que es el mismo mientras el barco avanza lentamente.

Fue en ese periodo que buscaba una frase o una melodía, como por medio de la arquitectura de la memoria, de manera obstinada, para no olvidar la travesía y sus escalas. A la llegada a Génova, intentaba reunir un par de acordes en una trattoria donde alojamos, rodeados de maletas abiertas; además, ya se sabía que ese no era el destino final. El cruce por los Alpes suizos estaba aún de por medio, hasta llegar a un pueblo alemán muy pequeño y desconocido con 240 habitantes, Pohl, (de «Pfahl», que significa «poste», aludiendo a uno de los límites fronterizos del imperio romano), cerca del Rin. En ese tiempo, ahí, en el campo, caminaba en un ritmo de acordes reiterativos, intentando memorizar el viaje. Más tarde, en mi primera visita en la década del ochenta, como traductor en la

oscura y hermosa ciudad de Halle, en la ex RDA, ennegrecida por el empleo doméstico del carbón y su histórica producción de sal, se vuelcan a mi memoria por los elementos del mar y por medio del contraste formal del blanco y negro de la escritura, palabras que se resuman en Marma¹¹.

Una fotografía escondida

Cuando murió mi madre mi padre no se convencía del todo y atribuía su desaparición a un viaje intempestivo. Ellos vivían en lo que había sido un pueblo de pescadores en el litoral.

Más allá del duelo, la misión que yo asumí espontáneamente en ese momento fue la de ordenar el legado personal de aquella mujer que, nacida en Santiago, nos solía contar historias que habían sucedido en el pasado, entre Curicó y la capital. En una maniobra, se me deslizó de la mano un marco con una fotografía junto a otra más pequeña fijada al dorso del passepartout.

En casa no existían fotografías de los abuelos maternos. Por eso fue una sorpresa cuando mi padre reconoció a mi abuela, que entonces pude apreciar por primera vez en ese pedazo de foto resquebrajado. La contemplé largo rato en medio del desorden, sentado en el suelo del dormitorio. En un camino rural de Curicó, aparecía ella vestida con un estrecho traje sastre, se divisaban sus gruesos tobillos, la piel oscura y sus rasgos, revelando entre timidez y orgullo, afirmando inconfundiblemente su ascendencia indígena, lo que mi padre me confirmó esa tarde, pues él sabía que ella era mapuche.

La fotografía había permanecido escondida y en casa jamás se habló del tema.

Años más tarde volví a recordar aquella escena, cuando trabajé para un grafemario único, proyecto intercultural bilingüe de la lengua mapuche en el sur de Chile. En la interacción con la

¹¹ Ver *infra*, al final del texto.

comunidad, advertí muchas veces mi ignorancia con los mayores que alternaban conversaciones con ciertos conocimientos de la tradición ancestral. Algo parecido ya me había pasado en México.

Evocando mis lecturas de José María Arguedas, experimenté en carne propia cómo la comunicación entre la comunidad mapuche, de un millón de almas en aquel tiempo, con el habitante chileno común, cruzaba por oídos sordos, aunque, curiosamente entre los ocho fonemas que caracterizan la diferencia sonora de ambas lenguas, se fue produciendo paulatinamente una notoria transculturación de ambos pueblos del territorio de Chile. Ahora la tarea era proponer una distinción gráfica —a través de nuevos grafemas—, en un proceso que abordamos en conjunto con la comunidad.

Recuerdo cómo en casa se comparó alguna vez el ceño y el talante de mi abuela con la seriedad que se le conocía a Violeta Parra y con la sobriedad de Gabriela Mistral, pues los signos profundos se orientan desde el cuerpo. La semiótica tuvo su lugar original en la medicina; ahí se contrae *sema* y *soma*; signo y cuerpo.

Memoria y emulsión fotográfica

En ese sentido, la mayoría de las fotografías que había en casa eran de mi padre. Él no poseía ningún retrato de su niñez. Yo pensaba que esto se debía a que él había crecido en medio de la «Gran Guerra» de 1914. Hay imágenes que surgen de la memoria cuando no se tiene una cámara a mano. En una de esas veo a mi padre en el puerto de Valparaíso en 1938. Junto a su cuerpo se encuentra una máquina peletera sobre el muelle. Y algo apartado de él, a su espalda, se distingue el barco con poca nitidez. En su mano izquierda sostiene una maleta con fotografías de los familiares de Berlín, que él nos solía mostrar los días domingo.

Una mañana de aquellas, desperté con un extraño dolor en la laringe. Al intento de carraspear, sentí una voz extraña que salía de mí, como la de un ventrílocuo. Luché por momentos para recuperar mi propia voz, habituado a escuchar en mi interior, pero solo conseguía un falsete. Salí a hurtadillas de mi habitación, y ahí

estaba mi padre, al que no me atreví a decir palabra alguna. Mi hermana me escuchó después, sorprendida y con risa se lo dijo a mis padres. Por el resto de los días sentí que habitaba un cuerpo ajeno y, sin embargo, mío. En el espejo se destacaba la Nuez de Adán, sobresaliendo con orgullo de la garganta como mascarón de proa. De ahí me acostumbé a llevar la camisa con el primer botón bien cerrado. Al hablar en otro idioma, pude escucharme con otra voz y sonidos diferentes, al punto de familiarizarme con huellas de voces de mis familiares plasmadas en sus últimas cartas de adiós.

Durante mi estadía en Alemania descubrí cómo habían muerto verdaderamente mis tíos y abuelos en cámaras de gas bautizadas como «duchas» en el contexto de la «solución final», definidas en sus términos fatales del lenguaje del Tercer Reich, como lo destaca el filólogo Victor Klemperer¹². Todo fue un proceso planificado de higienización y exterminio, cuya minuciosa organización impidió sopesar la conciencia de los responsables, que solo cumplieron al pie de la letra con el guion que les fue encargado. Eso fue lo que desató la macabra risa en Hannah Arendt después de haber leído las tres mil seiscientas fojas de la transcripción del interrogatorio policial de Adolf Eichmann, que se refleja en su expresión la «banalidad del mal»¹³.

A los quince años fui inscrito para estudiar, posteriormente, en la Escuela de Ingeniería en Dortmund, una ciudad en la cuenca del Ruhr. No tan lejos de ahí se construyeron los «camiones de la muerte» con el tubo de escape invertible, inventado por Walter Rauff¹⁴, utilizados para el exterminio de 200.000 judíos en Chelmno, Polonia.

Se notaba que algunos de los profesores lo sabían, pero de aquello no se hablaba. Al término del estudio de ingeniería me trasladé a Fráncfort, donde se habían elaborado durante la guerra

¹² Klemperer, V. (1975). *LTI - Lingua Tertii Imperii. Die Sprache des Dritten Reichs*. Leipzig: Philipp Reclam.

¹³ Ver *¿Qué queda? Queda la lengua materna*. Entrevista a Hannah Arendt realizada por Günter Gaus y emitida por la televisión de Alemania Occidental el 28 de octubre de 1964.

¹⁴ El oficial nazi Walter Rauff residió en Chile con su familia desde 1958 hasta su muerte en 1984.

el cianuro en cristales del gas Zyklon B, que consistía en ácido cianhídrico, que se confundía con el olor a almendra, que Paul Celan menciona en su poesía¹⁵. Con este gas se envenenaba a la gente después de desnudarla y hacinarla en las «duchas» de los campos de exterminio. Este producto fue fabricado por la compañía IG Farben, cuyo edificio, del arquitecto Hans Poelzig, es hoy la sede de la Universidad Goethe, donde me doctoré.

Así fue como la limpieza que conocí de las manos de mi madre se estrelló más tarde con esta otra «limpieza» como práctica de higienización socio-étnica en manos de regímenes totalitarios.

En la Escuela de Fráncfort, durante el estudio de filosofía, conocí la obra «Infancia en Berlín hacia 1900»¹⁶ y descubrí por qué Walter Benjamin desarrolló ahí sus cuarentaiuna memorables crónicas. Esto que inicia en su autoexilio en Ibiza en 1932 a la edad de cuarenta años es una colección de recuerdos de infancia en la que cada cuadro constituye un fragmento, una cristalización instantánea, arrancada de aquello desaparecido en el pasado del escritor. Esta forma permite, sobre todo, hacer *tabula rasa* para calibrar una percepción por encima de los valores establecidos en la Alemania nazi. Estas crónicas parecieran ser fotogramas de la memoria. Por ello, siento que mi experiencia es un lugar legítimo desde el que intento compartir estas reflexiones.

Plaza de Almas

Durante la adolescencia advertí que la sociedad intentaba borrar huellas a cada paso, así como un criminal trata de borrar vestigios de un asesinato. Los preceptos de limpieza los percibí entonces asociados a la desaparición.

¹⁵ Celan coloca en su poesía la «almendra amarga» en relación con su veneno (ácido cianhídrico) utilizado en las cámaras de gas. Celan, P. (1986). «Mandorla», en *Die Niemandrose, Sprachgitter. Gedichte*. Frankfurt am Main: Fischer Verlag. P. 41 y ss.

¹⁶ Benjamin, W. (1996). «Berliner Kindheit um Neunzehnhundert» [«Infancia en Berlín hacia 1900»]. *Gesammelte Schriften [Obras Reunidas]*. Tomo IV-1: pp. 235-304 y Tomo IV-2: pp. 964-972. Frankfurt am Main: Suhrkamp Verlag.

Una de las máximas del sistema es la higiene y la asepsia en lugares públicos, ya que en olores y secreciones se segrega la persona del cuerpo social. Toda mancha proviene de la individualidad. Toda marca es complicidad de vida y quiere decir que «alguien» estuvo allí.

En ese sentido se puede hablar de rebeldía frente a la organización en las propias improntas que van quedando en los espacios públicos o los «no lugares», como los denomina Marc Augé¹⁷.

En pinturas en los muros, *graffitis*, rayas, borrones, abolladuras, en el desgaste de los materiales e, incluso, con la transpiración, se realiza la obra anónima de unos cuantos seres humanos en un fresco de su historia. Ese es el icono con que el ciudadano intenta recuperar del anonimato su espacio vital.

«Plaza de Almas» es un fresco en la estación de Metro (*Plaza de Armas*), en el centro de Santiago. Sombra de lo numinoso, compuesto de la suma de huellas en el muro que va dejando espontáneamente cada ciudadano que desciende al Metro diariamente al sentarse, rozando levemente la pared con su cuerpo¹⁸.

Después de años de vulnerabilidad y resistencia reconozco en estas sombras espectrales cómo se funde lo humano en una sola huella. Es así como imagino nuestra esencia. Ahí no se distingue ni la barba ni el pubis. Es vestigio y origen a la vez. Por eso sostengo que se vive y se ama desde un lugar intangible con un cuerpo efímero.

A mis abuelas: Susana, mujer ancestral, y a Margarete, desaparecida en los campos de exterminio de Riga.

¹⁷ Augé, M. (1998). *Los «no lugares». Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*. Barcelona: Editorial Gedisa.

¹⁸ Loebell, R. (2005). *Plaza de Almas*. Valparaíso: Ediciones de «Espacio G».

Marma¹⁹

Las palabras se tropiezan
los hechos te abandonan
todo se despide de ti
como en un juego de manos.

¿Qué ves cuando miras a lo lejos?
Son los caprichos de la luz ante el sol que te distraen.

El sol penetra por los vitrales de Chartres y el coro
sostiene a la mujer que nada recostada sobre el altar,
anegada y confundida entre chirridos de sierras.

Ella se despide nuevamente de ti. Sus manos blancas
llenas de sal aprietan tus labios.

Calado amaneces en Halle: negra ciudad submarina,
hundida en el Saale.
Tu tarea, es enseñarles a los peces a nadar en la oscuridad.
Despréndete de tu marma. Desmármate de tus espigas
antes de que te canses en el fuego.
Sin marma tienes la fe necesaria para desembocar en
las nieves del mar.

Tus palabras se enredan
los hechos se disipan
se despiden en ti tus fuerzas raras.
Así buscas la ronda para prescindir de tu único rostro.

¹⁹ *Marma*: Los antiguos de este pueblo homónimo, basados en su fe, sostenían que al hombre le era imposible reconocer su verdadera individualidad si no abandonaba su lugar natal. Ellos no conocían la tinta. Ante sus ojos el agua les parecía ser siempre incolora. Así, teñían sus ropas con su propia sangre.

Se les adjudicó inicialmente una cultura oral, hasta hallar parcos escritos con amplios márgenes. Algunos científicos sostienen que, por razones atmosféricas, debió producirse a través de los siglos una paulatina disolución de la sangría en los bordes.

Los habitantes de *Marma* no conocían la guerra y los pueblos vecinos les tenían gran respeto. Les envidiaban, eso sí, por sus aguas claras. Un día fueron sorprendidos y avasallados sin que quedaran restos humanos fuera de las aguas que desde aquel tiempo se convirtieron en tinta... Vertiente de nuestra escritura.